

[TijeretazosLiteraria]
ESTADO CIVIL
Pierre Drieu La Rochelle

Tengo ganas de contar una historia. ¿Sabré algún día contar algo que no sea mi historia? Erase una vez un muchachito de tres años. Escribo lo que se me ocurre. Pero se impone un orden. Todo lo que me queda de divino, ese orden.

¿Dónde estoy? En el campo. ¿Por qué no en la ciudad? No, en el campo.

El jardín es inclinado. Un paseo descende en escalera bajo los árboles. Este lugar oscuro está lleno de peligros. Pero he aquí la sombra favorable del viejo jardinero apoyada contra un rastrillo.

Estoy ahí, pero no me veo. Mi sombra habla a su sombra.

Cada escalón de la escalera tallada en la tierra tiene la longitud de una zancada y forma una terracita bordeada por un tronco. Mejor dicho, el tronco es de cemento esculpido a imitación de corteza de árbol. No hay duda: este contacto demasiado duro y demasiado frío del que aún me resiento.

Otra impresión de vivo frescor, pero ya no en la mano, en la mejilla. Entro en la casa, tan rudimentaria a mis ojos como el dibujo de un niño. Entre dos piezas claras hay una separación extraña. A cada lado del umbral sin puerta, formado por dos pilares, el muro ha sido derribado hasta la altura de las rodillas. Lo que queda, forma un banco donde me monto toda la jornada. Este banco está pintado de amarillo. Apoyo largo rato el rostro contra su entabladura. Está fría.

Los muebles del salón son enormes. Los hay azules y rosas. Me escondo detrás de un sofá para comer el azúcar robado sin que lo sepa nadie en la mesa de té. En este refugio se saborea una libertad animal. Me gusta comer de mala manera para aflojar la coacción que impone el mundo de las personas mayores. Me vuelvo aún más pequeño para fraternizar con el perro. Pero allá arriba: "No entiende, podemos hablar". Los espío.

Detrás de la casa, colina arriba, hay una terraza. Oigo:

Había una pastora
y pum, y pum y catapum.

Un bosquecillo donde tengo una cabra. Se come mis fresas. Trato de impedirselo. Cornadas.

Entre el jardín y el río, primero atravieso el camino por donde pasa un tren. Me da miedo porque estoy enterado: la locomotora es un ogro. Más allá, los campos. Una mañana de domingo, mi padre me pasea, lo veo pocas veces, me siento orgulloso y feliz.

Otro jardín. Unos niños mayores que yo, unas muchachas. Después de la primera clase de escribir, mis dedos manchados de tinta se limpian en la acedera.

Una casa en medio de un campo. Es donde vive el viejo jardinero. Su madre es vieja, vieja.

Vamos a buscar al Abuelito a la estación.

En París. En el comedor, a lo largo de la pared hay tres sillas de cuero sobre las que me estiro. "Te vas a caer." El cuero es agradable. Aplasto la nariz. Sigue el frescor.

Una noche cena un amigo. Se llama M. Bara. Estoy satisfecho, ¿por qué? Es un hombre extraordinario. Ríe para hacer como los demás. Me divierte mucho reír.

La casa de mis padres estaba cerca de la de mis abuelos. En el camino había una minúscula tienda negra donde comprábamos imágenes a una señorita pequeña y anciana. Ella me tiene un respeto conmovedor.

Eso es todo.

Un momento, me acuerdo de una hora pasada con la cabra. Seguramente es por la mañana. La luz que asesta sus golpes por todas partes pasa delicadamente los dedos entre el follaje y me acaricia. Pero no, esta vegetación es un cuadro del despacho de mi abuelo. Y en primer plano hay un borrego, no una cabra. Eso es todo.

Hoy, el cielo gris es un párpado cerrado. No obstante, se levanta un sol, es mi conciencia. He nacido hoy y escribo. No hay más que el sol que se calienta en mí a esta hora. Yo soy el astro solitario que ilumina el mundo.

Para mí no existe el tiempo sucesivo. Sólo hay un momento eterno, el momento en que pienso.

Sol mío, sólo te conozco a ti. ¿Qué son los soles abolidos? ¿Han existido? Renuncio a la fe de los hombres que están seguros de que un sol se elevó hace años, y de que aquel fue el día de su nacimiento, con la misma evidencia que del día que están viviendo.

Pero mi sol se abrasa por todas partes. He aquí que se aclara una zona, un hemisferio, que yo llamo el pasado, que es una parte de mi ser, misteriosa como una esfera.

Recuperemos el lenguaje de los hombres. ¿Cuándo y dónde nació? En este jardín bajo los ojos de ese buen hombre, era por la mañana... Llamo mi nacimiento al instante en que tuve conciencia de ser el personaje que sigo siendo, el único que he encontrado en el mundo. Nada me asegura que yo haya comenzado a ser el que soy en este jardín. ¿He visto este jardín con los mismos ojos con que veo ahora esta mesa? ¿No sería yo otro, cuya extrañeza se parece a los efectos del sueño? Tal vez la visión de este jardín se ha grabado en mi espíritu como en

una placa fotográfica y sólo al cabo de cierto tiempo se ha revelado. Estos dos hechos, ¿se han realizado durante el mismo plegamiento del resorte? ¿O han dado cuerda al reloj? Me parece haber visto siempre este jardín. He leído libros de psicología pero los he olvidado. Vivo, he hecho un cierto sistema de vida, y he cogido la pluma para trazar aquí mi endeble verdad. Sueño que soy un niño de tres años. ¿Tengo verdaderamente esos cabellos rubios o estoy calvo?

"Buenos días, madre. ¿Te acuerdas de un niño de tres años?"

"Sí, me acuerdo incluso de más allá, de algo que había en mi seno que podía convertirse en alguien, y yo esperaba que se convirtiera en un niño y en un hombre como eres tú ahora."

¡Tú has vivido muchos años de mi vida!

Una sombra surge de mi prehistoria. Sé poco de mí, menos que de las cosas que me rodean. No me reconocía. ¿Sabía mirarme al espejo? Un día, sin embargo, me encontré. Me convertí en doble. No lo recuerdo.

Así pues, he vivido sin peligros, sin aprietos, durante años. Sin embargo, he llorado. El frío que me ha dado a primera hora, la crueldad de este día que hirió mis párpados. No recuerdo nada. ¿Cuándo, pues, fue la primera angustia? ¿Cuándo, pues, la primera sospecha?

Estaba débil, debilitado por el exceso de poder. El pequeño Cogle era hijo del rey, el único y poderoso heredero de los hombres. Pero mi poder estaba fuera de mí, hecho del poder de los otros. Mi cuerpo y mi alma decaían desde mi nacimiento, abrumados por tantos dones. Mis impulsos fueron anticipados por el ofrecimiento constante de todas las cosas. Mi especie, mi clase me impidieron revivir su pasado, siendo sus conquistas un muro entre mí y el mundo. Cuando me convertí en lo que aún soy, mis mayores proezas estaban realizadas. Había aprendido una lengua, para avanzar utilizaba las piernas como zancos.

No sé cómo ocurrió y, si mi madre no me lo hubiera contado después, nunca hubiera sabido que mi nodriza me dejó caer en una escalinata y que durante mucho tiempo me vi condenado a la fealdad y a la desesperación.

He vivido en la ignorancia al lado de mi madre que hilaba distraídamente mi memoria. ¿No estaría aniquilada si mi familia no me hubiera transmitido la frágil narración, la vida de los pequeños personajes que han llevado mi nombre? Dejados a su suerte, esos que yo he sido hasta los cinco o seis años habrían muerto.

Cuando yo nací para mí, ¿me conocían ya los hombres desde hacía tres años? Me conocieron antes de que yo me conociera. Quiero creerlo. Hasta los tres años, seguía en el mundo, todavía formaba parte de lo que constituye mi comienzo, mi fin. Pero por un instante, un querido minuto, soy lo que es distinto del mundo. Humano. Todo lo que precede a la escena del jardín es tan oscuro como la vida antigua de mis elementos, el vientre de mi madre, la tierra que colmará mis cuencas, mis buenos sueños, la locura que es la aventura del prisionero abandonado por sus carceleros.

Sol de hoy, sólo a ti te conozco.

La sangre, ese jeroglífico se dibuja por todas partes bajo mi piel, misterioso como el nombre de un dios. Padezco su influencia pero jamás podría encontrar la palabra mágica donde se sublimaría. La sangre es útil como el espíritu. Las enfermedades circulan por la sangre y por el color de los ojos.

Yo veía que algunos de mis gestos eran de aquel hombre. "Soy su hijo." Pero de otro que sólo he visto una vez, he retenido para siempre su forma de abrir los ojos. Mi cuerpo, sin que yo lo sospeche, se abandona a quienes se me acercan. Se ofrecen la cara, los miembros de un joven. Todos me ponen la mano encima, uno me dobla el brazo, otro me tira del labio, un tercero me pellizca las cuerdas vocales.

Cuando cumplí quince años comprendí que mis padres habían muerto antes de mi nacimiento, y que el instinto me podía lanzar entre extraños. Viéndome junto a mi padre, un tonto exclama: "Cómo se parecen". Pero un observador: "Qué distintos son". Entre los grandes rasgos de mi figura que aceptan una correspondencia formal, miles de inflexiones se reconocen culpables de por qué me sustraigo a la dominación del hombre que ha sido ante mí el representante de los hombres. Si mi madre se acerca a su vez, el tonto sigue precipitándose. Pero mi padre y mi madre se oponen irreconciliablemente y sólo se armonizan en mí, que los he aniquilado.

En una palabra, he sacado de éste y de aquélla, dentro de la familia, rasgos particulares que sólo evocan la futilidad de la Naturaleza o sus intenciones demasiado disimuladas, o los accidentes que le llegan no se sabe de dónde.

La sangre es un río inmenso, anónimo como los siglos, que me atraviesa viniendo desde los orígenes del mundo. ¿Refleja sobre todo los últimos paisajes que ha bañado? Puede que sea cierto, pero mis ojos han reflejado aspectos que ya no se conocían en este planeta y que me eran más familiares que las riberas de las cuencas más próximas. ¿De qué derecho habla un padre solo, en nombre de los ausentes? Consulto, si quiero, a los lejanos antepasados, digo que soy el que esperaban y, como un dios para sus precursores, les atribuyo lo que me han dado pero no han conocido.

Si yo hubiera sido un niño abandonado en un mojón fronterizo, ¿cuál hubiera sido mi patria, mi religión, mi clase? Tal vez los crápulas me hubieran cambiado de sexo.

Pero he sido alejado de todo lo que se confunde con la muerte, he sido admitido en lo que los hombres llaman la vida, siempre he estado en el mismo sitio, conozco a varios de mis antepasados, en todos los sentidos tengo sólidos lazos con lo que existe.

Además, si me hubiera perdido, tarde o temprano habría pasado lo mismo. ¿Tal vez me habría educado en Alemania? Habría sido un alemán como todos, puesto que los hombres no ven más allá de sus narices. En rigor, pueden distinguir un blanco de un negro, pero si no se les facilita la clarividencia, si un francés habla alemán desde su nacimiento, lo tomarán por alemán y él mismo se quedará a oscuras. Además, yo he jugado a este jueguito durante la guerra. Me había dejado crecer la barba, que salía a mechones rojos, albinos, castaños. Había encontrado un gorro bávaro. Me divertía asustando a mis compañeros con la repentina aparición de un boche por detrás de la trinchera. No creo que mi gesto fuera sacrílego ni que

insultara a la santidad de la patria. También había visto una foto que presentaba a soldados ingleses y franceses mezclados; en señal de fraternidad habían intercambiado los uniformes. No había leído el texto y estaba admirando, bajo el casco plano, el carácter británico del rostro de uno de nuestros campesinos. Eso no honraba a mi ciencia de las fisonomías.

Pero ¿se podría camuflar a toda una raza? Me equivoqué en algunos casos, pero si durante muchos años Alemania y Francia hubieran intercambiado sus recién nacidos, después de una larga estancia en el extranjero, el viajero percibiría en París algo insólito en el aspecto de la juventud, a pesar del arte de los sastres, de la delicada influencia del aire y del contacto de las mujeres.

“¡Ah -exclamaría- en nuestra generación no había jetas como éstas! ”

Sólo me arriesgo a estas suposiciones superficiales sobre los disfraces cambiantes que son las fisonomías según nuestros prejuicios sociológicos y demás. Sin embargo, los avatares más interesantes son los del espíritu. Pero el juego consiste en la audacia de apostar sobre la aplicación de leyes inexorables y desconocidas. De todas maneras, hay que confesar que sospecho que esos trasplantados serían más franceses interior que exteriormente. Porque, a fin de cuentas, les gustaría Racine, temerían a Kant y tendrían nuestro rigor que corta fino pero que separa completamente. No habría nadie -se les ocultaría el secreto de sus orígenes- que les insinuara la idea sin la cual ningún instinto les manifestaría que son distintos de lo que creían ser.

Cierto que todo eso importa poco, porque por regla general los recién nacidos permanecen entre los suyos. No obstante, tengo la sensación de haberme librado de una buena. Es decir, amo a Francia como a una mujer encontrada por la calle. Me parece inquietante, fascinante como el azar. Como la amo para siempre, su aspecto se vuelve solemne, es el Destino.

Puedo decir que amo a los franceses. A mis ojos, todos gozan del mismo favor. Lo mismo que nos gustan las mujeres y, entre ellas, las brutas, las flojas, las tragonas. Pero no me gustan tanto porque su genio sea tal o cual, sino porque son los hombres entre los que vivo. Y si nuestra nación, debido a las siempre previsibles catástrofes pintorescas de la Historia, abandonara esta comarca para ir a acampar a otro sitio, ¿al cabo de cuántos siglos cambiaría el genio de mis camaradas bajo el hechizo de otros horizontes? Pero puedo anticipar mi fidelidad a aquello en que se conviertan; pues en los seres amados amamos todo lo que son, cada una de las particularidades que los hacen perceptibles y también un tanto abstractos, lo mismo que las amamos en nosotros. Francia se metamorfosea imperceptiblemente en nuestros brazos, sin que haya una ruptura brusca de los miles de lazos, cada uno de ellos accidental e insuficiente, pero de los que parece estar formado todo nuestro apego. Y tal vez lo que yo llamo Francia, mañana se pronunciará de otra manera.

El patriotismo existe como el amor por encima de las patrias. Pregúntese a esos judíos que llevan tanto tiempo apegados a una patria de Occidente. No ambicionan estar solos, no pueden abandonar a esos hombres con quienes han combatido, a esas mujeres que han amado, a esas ciudades donde han disfrutado a su manera o al modo del país, ni pueden renovar sus sueños. Pero eso no es más que el amor y, dentro de los amores, el que, confundándose con el apetito intelectual, busca lo que es distinto de sí y se alimenta o muere.

Nada es más fuerte que lo que liga a los hombres al medio del mundo, al medio de los otros hombres. El amor a mi patria no tiene nada que ver con la predilección que siento por estos paisajes. Pero está hecho del sabor del mismo amor y del buen calor que siento en algunos de ellos. Para poder hacer bromas obscenas, hablar de mujeres, de la guerra que hemos hecho, seguiría a esos hombres por otro astro.

Sin embargo, sucede que uno abandona la patria, solo, que emigra. Se tiene un hijo que, con el mismo amor, quita a la patria de en medio. En nuestra época de pasiones estrechas, esto ya no es posible para quien piensa. Sólo las almas oscuras de los buscadores de ganga o los espíritus demasiado agudos de los manipuladores de dinero, que son los mecánicos sutiles y anónimos, sirven para deshacerse de esta querida obsesión.

Una patria es, para algunos, una manera de aclimatar, de domesticar las ideas inhumanas, una costumbre, una preocupación, una pasión, la llave de todos los pretextos para vivir. Uno no puede irse, no puede cambiar de alma, no puede destruir una categoría del espíritu. Por lo demás, cuando se deja una patria es para encontrar otra. Y cuando se abandonan las patrias por un partido que quiere al mismo tiempo abarcarlas y negarlas, todavía seguimos apegándonos a lo que es la complacencia esencial del patriotismo: estar con determinados hombres. Ahora bien, cuando se está con determinados hombres, se está contra los demás. Cuando un hombre hace un movimiento de amistad hacia otro hombre, o bien se compromete hasta ese último gesto, ese gesto supremo, que es lo único patente, lo único concluyente -la prueba de la sangre, hacerse matar o matar-, o bien ese hombre se detiene a mitad de camino, se agarra a una reticencia mental y luego se esconde en la nada, no existe. La muerte violenta es el fundamento de la civilización, del contrato social, de todo pacto. Es la única certeza. Sólo hay certeza entre los hombres si al final de la acción que les ocupa están seguros de saber morir por lo que les aúna -gloria, lucro, amor, desesperación-, y unos por otros. No me parece más fácil salir de aquí que salir de las tres dimensiones.

[...]

A los dieciséis años. ¿No debo creer que mi vida se detiene a los dieciséis años? ¿No se consumió ya en su principio? Para qué llevar más lejos esta historia: no es ejemplar.

Escribo esto para deshacerme de mí, o del que he sido, especialmente durante una concreta guerra cuyo acaecimiento coincidió con mi entrada en la vida.

No oso prejuzgar si este esfuerzo de desarraigo desnuda, además, los cimientos sobre los que mi juventud no ha destruido sus azarosas construcciones, que esperaban soportar y soportaron las torres más sólidas de mi treintena.

De no haber tenido preocupaciones urgentes, hubiera querido apegarme no a mí sino, teniendo fuerzas, más allá, a los seres que son los más bellos resultados de nuestro tiempo.

Quien escribe debe quedar en la sombra. Esta es la fatal ilusión literaria en la que encallo: trazo estas páginas para fijar fuera de mí todo aquello de lo que quiero separarme.

Luego seré la sombra de los otros, ¡de los que viven!

No me hablen más de un cierto hechizo que ha podido insinuar esto y lo otro, estoy aburrido de un arte que sólo consiste en utilizar las debilidades impuestas por la debilidad a un autor que sólo tiene de paternal el título que usurpa, siento repugnancia por esas obras donde no hay más vitalidad que el acto indispensable que las saca a la luz, pero cuyo endeble objeto sólo es factible para el artífice de la representación. Utilizándome como personaje de novela no me consuelo de no ser un hombre realizado.

Si aquí hay encanto, sólo se debe al perverso derrumbamiento, a la inversión de las fuerzas que se han extraviado en mi interior. He aquí una cantinela demasiado vieja, una jugada demasiado usada desde las confesiones de Juan-Jacobo, para sacar socarronamente provecho del escaparate de sus debilidades y de sus fracasos. Los primeros románticos prodigaron una fuerza que se multiplicaba en el momento en que comenzaba a destruirse. Pero en aquellos de nosotros que todavía se arrastraron por este camino, la debilidad aparece completamente desnuda, miserable.

No, desde mis dieciséis años todo estaba decidido. Y yo lo sabía. Entonces es cuando solté la presa. No me lo perdono.

La Vida, sólo tenemos esta palabra en la boca cuando su ingenua realidad se esconde.

¡Ah! muerte de mi cuerpo. Mis músculos eran todavía fuertes a pesar de mi blanda infancia. He conocido la magnífica recuperación del hombre moderno por sí mismo, pero no la he realizado, no he podido lograr mi victoria personal.

Nací demasiado viejo, en un mundo que, quiero creerlo con desesperado fanatismo, volverá a ser muy joven mañana. Mis padres, franceses viejos de una Francia vieja que heroicamente podremos olvidar.

El hombre tiene la facultad de resucitar como un dios. Puede huir de la ciudad que ha construido y que se levanta contra él. Puede zarandear las columnas del templo maldito y las piedras que se derrumban lastiman menos sus hombros que su sabio montaje aplastó el aire que respira. Vuelve a ver el día y se cuelga del sol como de la verdadera mama. Y nada puede resistir al sol. Mientras dure, duraremos nosotros, nuestro más sagrado tótem. Pero yo he muerto a los dieciséis años sin haber conocido esta liberación. Me complací en languidecer en la vieja y desvencijada prisión del pensamiento sin cuerpo.

He tenido en mis manos descarnadas el balón, el huevo de cuero, esa perfección pequeña pero tangible. Se me escapó. Hay un instante imperceptible en que mis nervios no transmitieron ese influjo, esa oportunidad que me atravesaba, que hubiera podido prolongarse, perpetuarse y tener una ascendiente sobre toda mi vida y, quién sabe, sobre la de tantos otros.

[Estado civil, traducción de Antonio Desmond para Icaria]

LOS ÚLTIMOS DÍAS

Pierre Andreu, Frederic Grover

A principios de marzo se muda a la rue Saint-Ferdinand, donde han llevado sus libros y algunos muebles familiares. Un amigo de su hermano, el arquitecto Zahrefuss, va a verle y le habla un buen rato de Jean. Le entrega una carta para él: «Por si te puede ser útil, te repito la recomendación que siempre te he hecho: publica íntegramente mis papeles sin vacilación burguesa de ningún tipo... Espero, pero siempre he pensado que no era bueno hacerse demasiado viejo. No me gusta la vejez, y además mi salud no es nada buena, tengo el corazón y el hígado estropeados... Quizá volvamos a vemos. En cualquier caso, sabes que soy firme. Siempre te he considerado como un buen hermano, es decir, como un amigo.»

Se ha dejado crecer un bigotillo. Al anochecer, sale y va a ver viejos amigos, muy cerca, en el barrio des Termes. Oye la charla de los niños. Se calienta un poco en el contacto con los humanos. El resto del tiempo lee, corrige algunos textos como *Récit secret*, clasifica papeles con el mayor cuidado. Sabe que todo lo que tiene que decir está en sus libros: los que ha publicado y los inéditos.

Se ha reflejado penamente en el *Journal*. Ha tomado todo tipo de precauciones para que el texto se preserve.

Drieu lee aún los periódicos. En la prensa aparecen artículos que atraen la atención sobre su caso. Janet Flanner, por entonces corresponsal de guerra en París, me dijo en 1960 lo sorprendida que se quedó al ver el encarnizamiento de algunos periodistas contra Drieu. Así, Madeleine Jacob le repite todos los días: «Conseguiré la cabeza de su amiguito.» Por fin se dicta una orden de detención en su contra. Se entera por los periódicos, lo que le hace exclamar: «Ahora estoy aquí encerrado, ya no puedo salir.» Se le ve tan preocupado que Gabrielle se dedica a cortar el gas, pero en la parte de la casa que él ocupa no hay contador. Al día siguiente, 16 de marzo, lo encuentra en la pequeña cocina, sentado en un sillón, la cabeza apoyada entre los brazos sobre el lavabo. Había arrancado la tubería del gas y tragado tres tubos de gardenal. Una breve nota: «Gabrielle, esta vez déjame morir.» Nerviosísima, Gabrielle toma el metro para avisar a Colette Jeramec. Cuando ésta llega, Drieu está en coma; tardará más o menos una hora en morir. Llamar a los bomberos sería como entregarle a la policía. Además, hay otra notita: «Colette, sabes lo que tienes y lo que no tienes que hacer. Pon mis papeles a buen recaudo.»

Sus últimas instrucciones estaban dictadas hacía tiempo: «Naturalmente, entierro no religioso, estricto mínimo, aunque sí flores... sin colgajos, sin curas, sin bendiciones al cadáver. En el coche sólo la señora Sienkiwicz, la señora Edouard Laffon -(hermana de la señora Sienkiewicz)-, Suzarme Tézenas. Ningún hombre. Excepto Malraux, si es que está. Bernier, si está.»

En el entierro estarán las bellas plañideras, cuya presencia deseaba, y también Jean Bernier. Muchos otros le acompañarán al cementerio de Neuilly: Jean Paulhan, Gaston y Claude

Gallimard, Brice Parain, Audiberti, Léautaud, Jean y André Boyer, Pierre Andreu, Paul Chadourne, Colette Clément (en uniforme de las F. F. I.), Vera Daumal. No están allí ni Colette Jeramec ni Christiane Renault, las dos mujeres que probablemente han contado más en su vida junto con su madre... Ni Victoria, ni Angélica, ni Nicole.

[Drieu La Rochelle, traducción de Santiago Martín Bermúdez para Aguilar]

tijeretazos  **postriziny**
una revista de literatura y cine